
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

SERMON

QUE

EN LA MISA SOLEMNE QUE CELEBRÓ

POR LA PRIMERA VEZ

EL NUEVO SACERDOTE D. SERVANDO ARBOLI,

BENEFICIADO DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CÁDIZ, LICENCIADO EN SAGRADA TEOLOGIA Y PROFESOR DE HISTORIA ECLESIÁSTICA EN EL SEMINARIO CONCILIAR DE S. BARTOLOMÉ,

PREDICÓ

EL SR. DR. D. JOSÉ M. DE URQUINAONA,

DIGNIDAD DE ARCIPRESTE DE LA REFERIDA SANTA IGLESIA, SECRETARIO DE CÁMARA DEL EXMO. É ILLMO. SR. OBISPO DE LA DIÓCESIS Y MISIONERO APOSTÓLICO.

CON ASISTENCIA DEL DICHO EXMO. E ILLMO. SEÑOR

TIO DEL CELEBRANTE.

CÁDIZ.

LIBRERIA DE EDUARDO GAUTIER,
CALLE DE S. FRANCISCO, NUM. 23.
1863.

CADIZ.

—

IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA,

CALLE DE LA BOMBA, NUMERO 1.

✠

Ecce ego vocasti enim me.
Héme aquí, pues me has llamado.
REG. LIB. 1.º CAP. 3.º v. 5.º

EXMO. É ILLMO. SEÑOR.

Hé aquí unidos los dos títulos mas grandes en que puede el hombre fundar su felicidad y su gloria: la vocacion divina y su correspondencia al llamamiento del Cielo; que Dios ponga en él sus ojos, lo escoja para sí, le haga dueño de su confianza, le dé á conocer por su escogido en el mundo, le confiera ministerios y cargos importantes en los caminos de su providencia y le haga figurar como instrumento de su gloria; y que el hombre así llamado y escogido por Dios sepa corresponder á su eleccion y á su confianza, entregándose todo á él para obrar de un modo enteramente conforme á su voluntad soberana, manifestándose siempre á la altura en que su providencia tuvo á bien colocarle, cumpliendo en todo sus designios altísimos, por manera que pueda Dios darse por satisfecho de su eleccion y los hombres reconozcan asimismo, que no en vano puso en

él sus ojos el cielo, llamándole con vocacion especial á su servicio. Lo primero, es decir, la eleccion de Dios, revela su predileccion para con el hombre, y en ella la distincion, el honor y la gloria con que viene á coronarle; lo segundo, esto es, la correspondencia del hombre al llamamiento divino, muestra su fidelidad, su virtud, su santidad consumada que le aseguran el divino beneplácito.

Ved, pues, ahí, señores, el lleno de su grandeza y de su gloria; de una grandeza y una gloria con la cual nada tienen que ver todas las grandezas y glorias humanas por que suspira el hombre de este siglo: de una grandeza y una gloria cuyos laureles no se marchitan con el tiempo ni se corrompen con la muerte; antes bien purificados en ese crisol que consume todo cuanto brilla sobre la tierra, se dejan ver allá en la eternidad con la magnificencia que ostenta el Señor en sus santos, porque santo es en realidad, señores, el siervo fiel que como Samuel, dice á Dios cuando le llama, *ecce ego vocasti enim me*, héme aquí, pues me has llamado, *loqüere, Domine quia audit servus tuus*, (1) háblame cuanto quieras, Señor, que como tu mas humilde siervo vengo dispuesto á oir con docilidad y respeto tus palabras para cumplir en todo tu santísima voluntad.

¿Y por ventura, amados hermanos mios, no es esta la escena interesantísima que se representa ahora á nuestros ojos? ¿no son esas mismas palabras

del Profeta las que derrama de sus labios este nuevo sacerdote que revestido de los ornamentos sagrados y rodeado de la magestad y pompa del culto católico se nos muestra cerca del altar, dispuesto á celebrar el gran Sacrificio de nuestra reconciliacion, á inmolar sobre esas aras la Víctima Sacrosanta que debe aplacar las iras del cielo y alcanzarnos las bendiciones de la misericordia? Sí, *ecce ego,* dice con resolucion inapeable en medio del profundo encogimiento que causa en el alma la presencia íntima de Dios cuando se digna confiarse con nosotros, *ecce ego vocasti enim me,* héme aquí, pues me has llamado.

¿Y cómo le ha llamado Dios, señores? ¡Ah! Yo no puedo menos de congratularme contigo, amado mio en el Señor, cuando fijando mi consideracion en este punto, descubro las señales marcadas de tu vocacion divina que te abren una carrera de felicidad y de gloria, donde yo no encuentro sino flores que tu alma prevenida de la divina gracia irá brotando en beneficio de la Iglesia, de las almas y de la sociedad, á las cuales corresponderán algun dia otras tantas piedras preciosas en la inmarcesible corona que á tu fiel correspondencia tiene reservada el Señor.

No es este un Sacerdote mercenario, amados hermanos mios, que sin vocacion del cielo se ha ingerido por sí propio en el ministerio sagrado buscando sus intereses en vez de los de Dios y los de las almas, proponiéndose miras puramente humanas y terrenas que con la reprobacion del mundo llevan

tambien la maldicion de Dios. Ni tales sentimientos podian caber en su pecho formado para el Sacerdocio en ese Seminario, modelo de los de su clase, donde con esquisita solicitud se estudia el corazon de los jóvenes para separar la paja del grano, para conocer cuales son los escogidos de Dios, trabajando con incansable empeño en educarlos segun corresponde á la vocacion divina á fin de que sean dignos ministros del Altísimo, ni la delicada conciencia, prudencia esquisita y ardiente celo de nuestro Exmo. Prelado, bajo cuyos auspicios y direccion inmediata se ha educado desde muy pequeño como persona tan allegada, (2) le hubieran permitido imponerle las manos y ungirle con el óleo santo, á no estar bien satisfecho de su vocacion.

¿Y cómo no estarlo, señores, observando de hito en hito sus aspiraciones todas eclesiásticas, su recogimiento, su piedad, la regularidad de sus costumbres, su aplicacion incansable al estudio de las ciencias sagradas, su celo por la causa de la religion á que ha consagrado las primicias de su carrera literaria, (3) y sobre todo la firmeza de su voluntad en vincularse por medio de la ordenacion al servicio de la Iglesia, por mas que solícito S. E. I. de probar su espíritu intentara en diferentes ocasiones retraerle de sus santos propósitos, presentándole un venturoso porvenir en cualquiera de las muchas carreras distinguidas que figuran en la sociedad, mientras el Sacerdocio Católico en los tiempos desgracia-

dos que atravesamos no puede proporcionarle sino amarguras, contradicciones y sacrificios? *ecce ego.* fué siempre su contestacion decidida, á todo estoy dispuesto porque Dios me llama y quiero corresponder á su voz, *ecce ego vocasti enim me.*

Yo doy mil plácemes á V. E., Excmo. Sr., porque estos testimonios inequívocos de vocacion divina alejando toda vacilacion, duda y ansiedad de vuestro ánimo, han venido á proporcionar á vuestro tierno y piadoso corazon la satisfaccion dulcísima de ungir por vuestras propias manos y consagrar Sacerdote del Altísimo á ese objeto tan caro de vuestro amor, á ese fiel compañero de vuestra peregrinacion y vuestras fatigas apostólicas desde que Dios os constituyó Pontífice de su Iglesia, teniendo hoy el doble gozo de presentar á sus padres, con quienes os ligan vínculos tan estrechos de la carne y de la sangre, formado ya en las letras y ciencias sagradas y consagrado ministro de la religion al que niño recibisteis de sus manos, cuando puesto el corazon en Dios y bañados los ojos en lágrimas os separasteis del seno de vuestra familia, buscando la grey que entonces os llamaba á apacentar la Divina Providencia. (4) Al llanto de amargura que en aquellos críticos momentos arrancó el amor de vuestros ojos y de los de vuestros queridos hermanos y demás personas de vuestra cariñosa y crecida familia, suceden hoy lágrimas de júbilo que expresan gloria y felicidad: sea por ello bendita la misericordia del Señor.

¿Y vosotros, amados hermanos mios, qué es lo que pensais sobre esta escena interesantísima? ¿Cuál es vuestro juicio acerca de la vocacion del cielo que ha recibido ese jóven, y de su manera de contestar y corresponder á la voz de Dios? ¿Para qué le llama el Señor y cuál imaginais ser la correspondencia que él le debe y le ofrece? ¡Ay qué abismos tan insondables donde se pierde la razon del hombre! ¡qué puntos tan difíciles de esplicar! ¡qué verdades tan altas y tan interesantes y sin embargo tan poco conocidas en el mundo! Esta es la causa de que no se estime cual corresponde la dignidad del sacerdocio, ni sus sacrificios se aprecien ni se reconozcan sus beneficios.

Para lo que Dios te llama lo sabes tú muy bien, nuevo sacerdote, y tampoco ignoras cual debe ser tu correspondencia; precisamente ella es la que ocupa tu corazon en estos momentos cuando al Señor dices *ecce ego vocasti enim me*, pues que te has dignado llamarme al ministerio de los altares, aquí me tienes sin querer ya mas vida que la de ese ministerio santo que hace al sacerdote todo de su Dios y de su prójimo. Pero por muy grabados que estos principios estén en tu alma, deber mio es ahora encarecértelos, para que queden solemnemente consignados al frente de la carrera sacerdotal que ahora emprendes, con la funcion mas alta é inefable de nuestro sagrado ministerio, y su recuerdo camine siempre delante de tí con la memoria de este dia

felicísimo, que jamás debes olvidar mientras vivas, y el pueblo que me escucha comprenda bien lo que es un sacerdote de la Iglesia Católica, y sobreponiéndose á las falsas y perniciosas doctrinas que corren entre nosotros, abortadas del infierno para desacreditar nuestro santo ministerio, estime nuestra dignidad en lo que vale, aproveche sus beneficios inmensos y nos guarde las consideraciones que si no merecemos como hombres, son muy debidas á nuestro sagrado carácter y á nuestras funciones sacerdotales.

Ya habreis comprendido, hermanos mios, cual es mi objeto, demostrar la vocacion ó mision divina del sacerdote donde se comprende toda su importancia y dignidad, á que se refiere ese nuevo ministro del Señor cuando dice que Dios le llama *vocasti enim me*, y explicar el desempeño de su cometido ó la vida y el ejercicio del ministerio sacerdotal á que generosamente se ofrece, cuando añade *ecce ego*, aquí vengo para corresponder á tu llamamiento soberano.

Muy superior es la materia á mi insuficiencia y las circunstancias con que me encuentro complicado en el asunto aumentan en mí las dificultades y los compromisos, porque ni mis pensamientos satisfacen mis deseos, ni mi corazon naturalmente afectado me deja en completa libertad para emitir mis ideas.

Recurramos, pues, al trono de la divina gracia

para que la derrame sobre mí en abundancia, á fin de que desenvuelva el asunto con la dignidad y oportunidad conveniente, y mis palabras llenas de uncion divina se peguen al corazon del nuevo sacerdote y tambien á los vuestros, y todo resulte en mayor gloria de Dios y en provecho de las almas. Imploremos al efecto la intercesion de esa Madre de Misericordia que todo lo puede con Dios y nunca se niega á nuestras súplicas cuando llenos de fé y confianza la invocamos con las palabras del arcángel.

AVE MARÍA.

Es una desgracia, señores, que en el siglo en que vivimos tanto como progresa la inteligencia del hombre en el desarrollo de las artes y de las ciencias humanas, tanto atrase en el conocimiento de las divinas; de modo que si por aquel concepto se apropia, y con razon, el glorioso título de siglo de las luces, por este otro en justicia no merece sino la humillante y desgraciada denominacion de siglo de tinieblas. El hombre de nuestros dias es aquel de quien decia el Apóstol que ocupado enteramente de la materia no comprende ni aun siquiera tiene idea de las cosas que pertenecen al espíritu y están en relacion con la Divinidad. Las verdades de la revelacion se desconocen y se ignoran y no es lo peor que en esa ignorancia vivan muchos y mueran, sino que de ella se aprovecha el infierno para presentar á nuestra fé católica una cruda guerra que desfigura el catálogo de nuestros dogmas, á cuya fé está vinculada nuestra salvacion eterna, rebaja hasta el cieno de la tierra las insti-

tuciones mas soberanas é importantes de la Divina Misericordia, y calumnia horriblemente sus mas grandes beneficios, de donde resulta ese insensato y criminal desprecio que nos presentan los libros santos como el fondo del abismo en que viene á precipitarse la impiedad, *impius cum in profundum devenerit contemnit* (5).

Y en efecto, señores, cuántas no son las contradicciones y los desprecios que arrostra hoy el sacerdocio católico? ¿cuántas las trabas que se ponen aun á título de proteccion á nuestro santo ministerio? Cuántas las humillaciones porque se nos hace pasar en medio de la sociedad? ¿con qué prevencion no se nos mira y cuánto malo no se dice y se escribe de nosotros? ¿Y por qué todo esto, sino porque se ignora lo que realmente somos? porque no se conoce nuestra dignidad, ni se tiene idea de nuestra mision divina: porque se nos confunde con las demás clases de la sociedad, se nos tiene por una institucion del Estado á manera de policía eclesiástica necesaria para su buena administracion y gobierno, ni mas menos que las otras, con la misma dependencia de él; y hasta se nos llama partido clerical, cual si fuéramos una de esas muchas comuniones políticas con sus opiniones y pretensiones particulares que figuran y luchan entre sí en el laberinto de la sociedad: solo se atiende cuando mas á nuestras condiciones personales sin reflexionar que muy por encima de ellas está el sagrado carácter

de nuestro sacerdocio, la mision que hemos recibido de Dios.

En el sacerdote católico, señores, nada hay que pertenezca á la tierra, todo viene del cielo: lo mismo la mision de donde el sacerdocio trae su orígen que la personalidad que representa, igualmente su autoridad que sus poderes y todos los oficios de su sagrado ministerio se elevan sobre la esfera de este mundo hasta esconderse en la Divinidad, mostrándonos en el sacerdote un hombre, sí, porque pertenece á nuestra generacion y no se desnuda de nuestra humana naturaleza cuando recibe su dignidad; pero un hombre divino, un hombre transformado en Dios, revestido de su carácter soberano, lleno de su sabiduría, de su poder, de su gracia y su virtud para promover con tan ricos elementos la gloria y la felicidad humana, uniendo á la tierra con el cielo por medio de la religion, asegurando el órden supremo de la justicia en que se funda la sociedad y de donde proviene toda su felicidad y su gloria, y derramando en nuestra alma los bienes y consuelos dulcísimos que emanan del mismo Dios. Milagro estupendo llamaba por todo esto al sacerdote el P. S. Efren (6), no encontrando en su dignidad sino abismos insondables á la razon y misterios incomprensibles á la inteligencia humana, donde de tantas maneras encuentra el hombre á su Dios y se siente colmado de sus beneficios.

¿Quién ignora, señores, que nosotros hemos ve-

nido del cielo, quiero decir, que es Dios quien nos ha constituido en su Iglesia santa para que ejerzamos las funciones del sacerdocio? ¿Por ventura no quedaron grabadas con caractéres indelebles en los libros santos las palabras de Jesucristo á sus discípulos que expresan esta sublime é importante verdad y de tal manera la expresan que dan testimonio al mismo tiempo de todo lo que nosotros somos como tales enviados del Altísimo? *Sicut misit me Pater et ego mitto vos.* (7) Qué asombro, amados hermanos mios! con razon sobradísima llamó á nuestro sacerdocio estupendo milagro el P. S. Efren: como mi Padre me envió yo os envío: así habla Jesucristo, ese hombre admirable que se dió á conocer al mundo por verdadero hijo de Dios: ved ahí el soberano autor del sacerdocio católico: él es quien nos envia al mundo, ¿cómo no hemos de ser nosotros unos hombres celestiales? ¿cómo todo poder humano no habrá de respetar como una cosa del cielo, como una institucion divina la legacion altísima que desempeñamos sobre la tierra á nombre y por comision tan expresa de Jesucristo, segun lo encarece el Apóstol? *legationem pro Christo fungimur.* (8)

¡Ah! Apenas puede creerse que el entendimiento humano haya abortado de sí la insensata idea de suponer que el sacerdocio lo mismo que la religion deben su existencia á los hombres, fijando su cuna en la ignorancia y en el miedo, y su es-

plendor en el fanatismo de los pueblos. Cuando el que es la sabiduría por esencia y dejó el mundo lleno de los testimonios de su Divinidad nos dá esa mision altísima que nos constituye Sacerdotes del Dios vivo, ministros de su religion en el mundo, nadie puede desconocer la institucion divina de nuestro santo ministerio.

Pero, y ¿qué mision es esa que recibimos de Jesucristo? ¡Ay, hermanos mios! no nos cansemos de repetir con San Efren, que es un milagro estupendo el Sacerdocio Católico, á proporcion que vayamos descubriendo los abismos insondables, los inefables misterios que dentro de sí encierra nuestra altísima Dignidad. La misma mision que recibió del Padre Eterno su Unigénito Hijo y vino á desempeñar vestido de nuestra carne sobre la tierra, esa es la que recibimos nosotros y desempeñamos en el mundo; ¿no lo habeis oido? *Sicut misit me Pater et ego mitto vos*, al modo que mi Padre me envió os envío yo á vosotros: aquí pues, todo el lleno de nuestra dignidad que viene á identificarnos con Jesucristo; porque la mision que de él recibimos nos comunica con todos sus poderes hasta su misma representacion y su sabiduría y su virtud, para que en persona suya egerzamos hasta el fin de los siglos las funciones que Él ejerció como Sacerdote de la nueva alianza, *sicut misit me Pater et ego mitto vos*.

Y aunque para convencernos íntimamente de

ello, no necesitamos mas que estas divinas palabras, como tan claras y terminantes que no dejan lugar á la interpretacion ni á la duda, todavía puedo yo reforzar este poderoso argumento con tantos y tan fuertes testimonios que obliguen aun al hombre mas escéptico á reconocer en nosotros al mismo Jesucristo, cuyo sacerdocio todo entero se nos trasmite en la ordenacion.

¿Qué otra cosa se propuso el Salvador revelar al mundo, cuando dijo á sus discípulos: «el que á vosotros oye á mí me oye; y el que á vosotros desprecia me desprecia á mí propio.» *Qui vos audit me audit: qui vos spernit me spernit?* (9) lo quereis mas claro y terminante? ¿Veis como nuestro ministerio sacerdotal nos eleva á la altura de los cielos, á la altura, digo, del mismo Dios? supuesto que como tales Sacerdotes, no solo somos nosotros ministros de la religion de Jesucristo que enseñamos su doctrina y distribuimos sus gracias entre los hombres, y desempeñamos las funciones del culto católico, sino que somos el mismo Jesucristo, y su voz es la que suena en nuestros labios, y su dignidad altísima la que se ostenta en nuestro ministerio, mereciendo por lo tanto las mismas consideraciones y respetos que él merece: *qui vos audit me audit, qui vos spernit me spernit.*

¿Se asombra vuestra razon, amados hermanos mios, de oir estos conceptos? teneis por exageracion mis palabras? Pues escuchad como lo testi-

ficó el Apóstol cuando con motivo de las contiendas que se suscitaron en la Iglesia de Corinto, teniéndose unos en mas que otros por los diferentes Sacerdotes y Ministros Sagrados á quienes debian el beneficio de la fé y de los Sacramentos, exclamaba reconviniéndolos: *¿divisus est Christus? ¿aut in nomine Pauli baptizati estis?* (10) ¿Por ventura, se ha dividido Jesucristo, ó habeis sido bautizados en el nombre de Pablo? Como si dijera ¿á qué esas divisiones y esas pretensiones injustas si no hay mas de un solo Jesucristo á quien todos representamos igualmente y en cuyo nombre, autoridad y persona administramos los Sacramentos? bien sea que Pablo bautize, ó que bautize Pedro, ó que bautize Cefás, ó que bautize Judas, quien bautiza es Jesucristo, dice á este propósito el Gran Padre S. Agustin. (11)

Veis pues, amados hermanos, en ese nuevo Sacerdote al hombre identificado con Jesucristo, mereciendo y obrando cuanto Jesucristo verdadero Dios obra y merece? no, no es él un puro hombre como tal Sacerdote, es verdaderamente Jesucristo, y si no lo fuera, no se manifestaria á nuestros ojos como lo estais vien lo, revestido de esos ornamentos y constituido en ese lugar que nadie puede usurpar al Sacerdote eterno y único de la nueva alianza. En la Iglesia Católica, Sres., no hay mas Sacerdote que Jesucristo; porque solo Jesucristo puede desempeñar los altos oficios de un Sacerdo-

cio por medio del cual se ofrece él mismo como víctima á su Eterno Padre, para glorificarle dignamente y expiar nuestras culpas, reconciliándonos por su mérito intrínseco con el cielo y asegurándonos el derecho á la gloria de la inmortalidad.

Cabalmente por eso cuando nosotros ejercemos sus funciones llevamos estampada en nuestro cuerpo y en nuestro vestido la imágen del Salvador, para que el pueblo que nos observa ministrando no confunda nuestra humilde persona con el Sacerdote cuyas veces desempeñamos, sino que en este reconozca á Jesucristo. Esta es una excelencia propia y peculiar de nuestro Sacerdocio, que nunca gozó la religion, ni en la ley natural ni en la escrita: siempre sin duda fué grande la dignidad de sus ministros y merecieron con razon respetos muy profundos del pueblo como órganos de comunicacion entre Dios y los hombres; pero jamás salieron de la esfera de hombres, nunca tomaron la representacion de Dios para ejercer su ministerio: los Sacerdotes de aquellas épocas eran hombres escogidos por Dios para la enseñanza del pueblo y las ceremonias del culto, mientras el de la Iglesia Católica es por excelencia Jesúcristo que escoje tambien hombres como nosotros, no para constituirlos Sacerdotes á semejanza de aquellos, sino para ejercer en ellos y por medio de ellos su Sacerdocio sempiterno. *Christus vero eoquod maneat in æternum sempiternum habet Sacerdotium.*

¿Y que hombre de fé, Sres., con la antorcha de la revelacion á la vista no reconoce en nosotros esa dignidad altísima que nos levanta sobre los monarcas de la tierra y hasta sobre los príncipes de la gloria, como lo encarece el Crisóstomo? (12) debiendo unos y otros oirnos y respetarnos como al mismo Jesucristo: venerando los ángeles los grandes misterios que en persona suya renovamos cada dia, y acudiendo los potentados del mundo á recojer de nuestras manos los frutos de su redencion. Todas las Gerarquías angélicas se anonadan y se abisman en nuestra presencia, cuando tomando en nuestras manos el pan y el vino nos oyen decir como á Jesucristo sobre la mesa del cenáculo «este es mi cuerpo, este es el cáliz de mi sangre:» y al momento ven obrado el gran milagro, convertidas esas substancias en el cuerpo y la sangre del Salvador, y á la par que adoran la víctima colocada por nuestras propias manos sobre el ara santa, reconocen en nosotros al Sacerdote Supremo que tales portentos de amor y de poder obra por nuestro ministerio en beneficio de los hombres: y con las Gerarquías Angélicas se postran tambien y se abisman los hombres de fé para adorar al Cordero Inmaculado, y besan con respeto nuestras manos y nuestros ornamentos cual si fueran propios de Jesucristo.

Abismado el P. S. Juan Crisóstomo en la contemplacion de esta funcion soberana de nuestro

santo ministerio, que nos identifica enteramente con el Salvador, exclama como fuera de sí en una de sus mas excelentes homilias queriendo infundir en el pueblo cristiano sus mismos pensamientos y afectos; «Cuando veas al sacerdote que ofrece el Santo Sacrificio no le mires segun parece á los sentidos corporales como si fuera un puro hombre, un simple ministro de la religion que ejerce aquella funcion principal del culto católico, sino reconoce y respeta en él la mano del mismo Cristo que invisiblemente obra tan grandes maravillas «*et tu laice cum sacerdotem videris offerentem, ne ut sacerdotem esse putes hoc facientem, sed Christi manum invisibiliter extensam*: (13) ahí la teneis ya estendida, amados hermanos mios, en ese nuevo sacerdote, dispuesto Jesucristo á renovar el tremendo sacrificio del Gólgota, en que Él mismo se ofrece á su Eterno Padre, tan luego como este su escogido ministro despliegue sus labios y pronuncie sobre el pan y sobre el vino las palabras de la consagracion. ¡Oh dignidad verdaderamente divina la del sacerdote, exclamaré yo ahora con un Padre de nuestra Iglesia! (14) Oh profesion deífica! repetiré con otro, (15) la que ejercemos nosotros sobre el ara del altar! Reconoceis ya en el sacerdote celebrando el santo sacrificio al hombre identificado con Jesucristo?

Pues vedlo sentado en el tribunal de la penitencia, viniendo á arrodillarse á sus pies desde el pastor que habita en la humilde cabaña hasta el mo-

narca que descansa sobre el trono, todos confesándose pecadores é implorando en su favor la indulgencia: oid como pronuncia la sentencia de vida ó de muerte, como los manda retirarse de su presencia porque no los encuentra dignos de la misericordia del Señor, ó rompe las ligaduras de sus culpas diciendo con la autoridad del Juez Eterno, yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Por ventura, señores, un puro hombre puede explicarse en estos términos? ¿Quién tiene poder para perdonar nuestras culpas sino solo Dios? luego el sacerdote católico es algo mas que un puro hombre, es un hombre elevado á la altura de Dios á quien Jesucristo ha dicho: «toda la autoridad y el poder que me ha comunicado mi Padre te la comunico yo tan ámpliamente como la he recibido: los pecados que tú perdones en el mundo los daré yo en el cielo por perdonados, y á los que dejes cargados con sus culpas yo los excluiré de la Jerusalen celestial:» *quorum remiseritis peccata remittuntur eis, et quorum retinueritis retenta sunt.* (16)

Con tan ámplios poderes, cuales otros tantos redentores de las almas, en persona de Jesucristo arrancamos al demonio las víctimas que hace en nuestra generacion y las restituimos á la situacion dichosa de hijas de Dios con derecho á las recompensas eternas. Tan satisfechos como la Magdalena de los pies del Salvador se levantan de los nuestros los mayores peca-

dores del mundo cuando nos oyen decir *remittuntur tibi peccata*, tus pecados te son perdonados: eso no pueden decirlo por su propia autoridad ni los santos ni los ángeles; pero lo decimos nosotros con la autoridad de Jesucristo que hacemos nuestra en la ordenacion; porque las palabras «yo te absuelvo de tus pecados» que pronunciamos en el tribunal de la penitencia, no son meramente declaratorias del perdon alcanzado de la misericordia divina, sino un acto jurídico que ejercemos sobre el penitente, segun lo define el Tridentino, (17) previniendo con nuestro juicio en la tierra el juicio del mismo Dios en el cielo, como lo encarece el P. S. Hilario; (18) tan grande es nuestro poder, tan sublime nuestra dignidad.

Pues observad al Sacerdote en la pila del bautismo dando á las almas el ser sobrenatural y á la cabecera del enfermo con la uncion santa, asegurándole la vida del alma y á veces tambien la del cuerpo; fijad vuestra atencion en él cuando en la mesa eucarística reparte el pan de los Angeles ó cuando derrama desde el púlpito los tesoros de la sabiduría de Dios que forman las costumbres: haceos cargo del magisterio constante que ejerce en medio del pueblo cristiano enseñando, aconsejando, amonestando á toda hora como lo hacia el Salvador en Israel: ved como ora entre el vestíbulo y el altar y ofrece hostias de propiciacion por los pecados públicos y ocultos, con las cuales aplaca

visiblemente las iras del cielo y merece las bendiciones de la misericordia; cómo ahuyenta por todas partes los enemigos de nuestra alma que lo son á la vez de nuestra felicidad temporal y eterna; cómo infunde en los corazones la paz de Dios; cómo tranquiliza con sus palabras de vida eterna las conciencias mas atribuladas, y lleva el consuelo hasta la morada mas triste del dolor y allí sobre el lecho del moribundo hace valer las verdades consoladoras de nuestra fé católica para reanimar su espíritu, para despertar en su pecho una dulce y venturosa confianza, sin omitir ninguno de esos elementos de vida que posee nuestra religion santa para comunicarle la gracia divina; reparad bien como habla á su alma cual si fuera el mismo Dios mandándole salir de este mundo y mirad cómo con sus propias manos la toma y la entrega al juez de vivos y muertos, y todavía allí interpone el ministerio de redentor y mediador para conseguirle por los méritos infinitos del Santo Sacrificio de la Misa la eterna felicidad. Seguid en todas estas direcciones á ese nuevo Sacerdote y decidme si no os parece ver en él al mismo Jesucristo: decidme, si ningun hombre, por sabio y poderoso y santo que sea, puede obrar prodigios semejantes de gracia y misericordia á no recibir una mision especial del Cielo, á no tener el poder y la autoridad de nuestro Divino Salvador.

¡Ah! aunque la revelacion no diera testimonios

expresos de ello nos bastaria ver al Sacerdote en las diversas funciones de su ministerio para venerarle como un hombre bajado del Cielo para nuestro bien y felicidad. Para nuestro bien y felicidad dije, sí Sres., porque sin el Sacerdote Católico ¿qué es el hombre sino una víctima de sus desordenadas pasiones? ¿y la sociedad qué es sino un caos donde no puede encontrarse mas que el crímen y la desgracia? nuestra predicacion y nuestra enseñanza es la que ha morijerado al mundo; esta es una verdad que nadie puede desconocer, porque está consignada en las páginas mas brillantes de la historia y los testimonios de ella saltan á la vista por todas partes: en las regiones mas remotas del Asia, en las islas de la Oceanía, en el corazon del Africa y en las costas orientales del continente Americano, se ocupan hoy mismo los Misioneros Católicos en esa obra por excelencia de civilizacion y de caridad evangélica.

Nuestra direccion privada en el tribunal de la penitencia, tan injustamente calumniado por los enemigos de nuestra fé, es la que arranca los vicios del corazon humano y corrije sus malos hábitos y lo empeña en la práctica constante de la virtud. Somos pues, los Sacerdotes, los hombres mas grandes y mas importantes del mundo, somos el mejor y mas seguro apoyo de la sociedad, que aun sin tener fé todavía recurre á nosotros en de-

manda de proteccion y de auxilio, cuando en lances apurados todos sus recursos se manifiestan impotentes para afianzar el órden y la felicidad: somos la guia y el amparo del hombre particular, que así como separado de nosotros perece, marchando á nuestro lado observa una vida intachable y lleno de consideraciones y de méritos se eleva de este mundo á la region de la inmortalidad.

Enmudezca pues para siempre el impío que con su lengua ponzoñosa se atreve á blasfemar de nuestro santo ministerio, rebajando hasta el cieno de la tierra una dignidad tan alta que se pierde en la misma grandeza de Dios. Tema la ira del cielo el hereje insensato y osado que sin tomar en cuenta nuestra mision divina nos denuncia como falsarios y corrompedores del texto sagrado, calumniando así horriblemente ese magisterio divino que nos ha confiado el Salvador para que en persona suya y con su autoridad lo ejerzamos en todo el mundo hasta el fin de los siglos, á fin de que nunca falte la verdad de su revelacion en la Iglesia Católica, y las puertas del infierno, jamás puedan prevalecer contra ella. El cristiano nunca se canse de bendecir la Divina Misericordia que semejantes poderes dió á los hombres para perpetuar su mision entre nosotros y dispensarnos á toda hora sus inmensos beneficios.

Y tú, nuevo Sacerdote del Altísimo, llénate

de un santo entusiasmo por haber recibido esa vocacion del cielo que te eleva sobre cuanto hay de mas grande en el mundo, identificándote con el Sacerdote eterno de la nueva alianza Jesucristo nuestro Señor y mereciéndote sus mismas consideraciones y respetos entre los hombres; pero prepárate para la vida de sacrificios que es propia del ministerio Sacerdotal, á la cual te has obligado solemnemente con el *ecce ego* que has dado por contestacion al llamamiento del Altísimo y te ha traido como una oveja á los piés del Pontífice para recibir la uncion santa que á un mismo tiempo te ha constituido Sacerdote y víctima en gloria de Dios y en beneficio de los hombres, cuyos duplicados intereses son la causa y el fin de nuestro sagrado ministerio. Mucho importa que atiendas ahora bien á mis palabras, y tambien importa mucho á vosotros, amados hermanos mios, oirlas y meditarlas; á tí, para que comprendas bien cuál debe ser como Sacerdote tu conducta, á vosotros, para que sepais estimar nuestros sacrificios y los reconozcais y los aprovecheis, pues en ello estriba vuestra felicidad.

✠

SEGUNDA PARTE.

Así como el mundo ignora la verdadera dignidad y mision del Sacerdote Católico, tambien desconoce y por consiguiente estima en poco ó en nada sus sacrificios, y tan lejos está de estimarlos que llega hasta censurar su órden de vida, suponiendo en él ociosidad, holganza, aspiraciones nada conformes con una sólida virtud, apego á los intereses materiales, mezquinas ambiciones y criminal egoismo. Por ventura, Sres., no nos echa el mundo encima baldones semejantes? ¿no se nos pinta con tan ignominiosos colores, en folletos y hojas volantes que la impiedad y la heregía reparten con profusion para enagenarnos la voluntad del pueblo, por desgracia ignorante y falto de fé, y hacer que se nos mire con prevencion por todas partes como á hombres interesados y sospechos que sirven de carga á la sociedad? ¡ah! todo esto se piensa y se dice del Sacerdote por una gran par-

te del pueblo cristiano, y aun los que piensan mejor y hablan con respeto de nuestra clase todavía distan mucho de comprender lo que es la vida de un Sacerdote, lo que de nosotros exige el llamamiento del cielo, los grandes, los extraordinarios, los contínuos sacrificios á que nos obligamos delante de Dios, cuando respondiendo á su voz divina nos postramos á los piés del Pontífice y decimos con firme acento y decidida voluntad, como acaba de decirlo ese nuevo Sacerdote, *ecce ego*; aquí vengo dispuesto á cumplir todos los deberes del árduo y altísimo ministerio para que me llama el Señor.

¡Oh! si el mundo fuera capaz de comprenderlo, admiraria en nosotros un portento de la divina gracia; porque es indudable, Sres., que sin un auxilio muy superior de lo alto, un puro hombre, un flaco y miserable pecador no seria capaz ni aun siquiera de concebir el pensamiento de tanta virtud como se encierra dentro del ministerio Sacerdotal, mucho menos podria ejercitarla y hasta el fin de su vida, como es necesario para alcanzar la corona reservada al siervo fiel que cumple en todo la voluntad de su Dios.

Ved ahí la razon porque un San Efren, un San Francisco de Asís y otros muchos justos eminentes de nuestra Iglesia se negaron resueltamente á ascender al Sacerdocio llenos de espanto y de temor por el peso inmenso de su dignidad, y los que cier-

tos de la vocacion del cielo, contando con el auxilio divino y por lo comun comprometidos por la obediencia, se prestaron á recibir la uncion santa, lo hicieron siempre temblando por la enorme responsabilidad que cargaban sobre sí; porque aun llenos de confianza en la Divina Misericordia recelaban de su natural flaqueza alguna debilidad, alguna falta, algun defecto que pudiera atraerles la indignacion del Señor.

¿Quereis vosotros, amados hermanos mios, formar un juicio lo mas adecuado posible de las proporciones inmensas de esa responsabilidad que pesa sobre el Sacerdote? ¿quereis saber cuál debe ser nuestra vida y hasta donde deben estenderse nuestros afanes y sacrificios? pues atended al *ecce venio* (19) que pronunció el Sacerdote eterno de la nueva alianza Jesucristo nuestro Señor, cuando vestido de nuestra carne apareció en el mundo. Con ésas divinas palabras tiene una relacion íntima el *ecce ego* que el Sacerdote dice al hacerse cargo de su santo ministerio; entre unas y otras hay una pefecta analogía, porque ambas se dirigen á un objeto idéntico y expresan un igual propósito, el de cumplir la mision del Cielo, y precisamente la que el Salvador venia á cumplir á la tierra es la misma que el Sacerdote ejerce, como vuestra fé lo reconoce y lo confiesa y queda bien demostrado en la primera parte del discurso. *Holocautomata pro peccato non tibi placuerunt, tunc dixi ecce venio ut faciam Deus*

voluntatem tuam (20) «supuesto que los holocaustos de la sinagoga no han sido suficientes para espiar el pecado y complacerte y honrarte segun mereces, aquí vengo yo á llenar cumplidamente tu voluntad soberana.»

¿Quién es, señores, el que así habla? quién es ese Pontífice sumo de la nueva alianza que se promete desde luego complacer á la Divinidad y satisfacer sus altísimos derechos? Ah! ya lo he dicho y vosotros no lo ignorais: es Jesucristo, el Hijo Eterno de Dios vivo, la Imágen de su bondad infinita, el resplandor de la gloria del Padre y la figura real de su sustancia; el justo, el santo, segun expresion del Apostol, (21) el separado de los pecadores: ese era el sacerdote que necesitaban los cielos y la tierra, como el único que por su dignidad excelsa y su mérito infinito podia satisfacer las exigencias de la justicia eterna y remediar las necesidades de los hombres. Pues todo eso en cuanto es posible debe ser el sacerdote como su representante en el mundo, como el continuador de su obra de salvacion, por medio del cual ejerce Jesucristo su sacerdocio sempiterno: quiero decir, que los sacerdotes nos encontramos comprometidos y obligados bajo gravísima responsabilidad á parecernos todo lo posible á Jesucristo, á llenarnos de su santidad, á copiar sus perfecciones en nuestra alma, á identificarnos con Él en la virtud, como lo estamos en la dignidad, para que el pueblo cristiano así como

reconoce á Jesucristo en nuestras funciones sacerdotales, lo reconozca tambien en nuestras obras; de otro modo ni ese Pontífice santo por exelencia estará bien representado en nuestro sacerdocio, ni nosotros podrémos ejercer dignamente sus altas funciones, ni mucho ménos dispensar á los fieles sus inmensos beneficios.

Ojos no mas que para mirar al cielo de donde hemos recibido la mision y donde debemos buscar la recompensa de nuestro servicio; boca para bendecir á Dios y hablar palabras de vida eterna que sirvan de enseñanza y edificacion á los fieles; manos para obrar el bien á todas horas; pies para correr las sendas de la virtud cristiana en todas sus direcciones hasta llegar á su término que constituye la perfeccion del Evangelio; corazon para amar á Dios y al prójimo en ese grado supremo á que aspira en sus mas avanzados empeños la caridad divina; una pureza tan delicada de conciencia que no permita se nos pegue ni aun el polvo de este siglo; una conducta en fin tan rigorosamente ajustada á la moral evangélica, que nos haga intachables aun en medio de nuestros mayores enemigos; tal debe ser, señores, la vida de un sacerdote; tales debemos comparecer nosotros delante de Dios y de los hombres para no profanar nuestro sagrado ministerio, para que se complazca el cielo en nuestro sacerdocio, como se complació en Jesucristo, y la tierra tambien se goce y se honre

con nuestra profesion sacerdotal y recoja de ella la uncion divina del Espíritu Santo.

No, no basta al sacerdote una virtud mediana, una vida simplemente justificada, necesita mucho mas: tanta diferencia debe haber entre él y un varon justo del comun del pueblo, dice un sábio contemplativo, (22) cuanto dista el cielo de este mundo. Dios ha constituido al sacerdote sal de la tierra para que con solo su contacto se justifiquen las almas y se preserven de la corrupcion de la culpa: así se espresa el P. S. Gregorio: (23) tan rica, tan copiosa debe ser la celestial fragancia que por todas partes debemos ir derramando para que en pos de nuestros ungüentos se vengan los fieles y entreguen sus corazones á Dios. A ese grado supremo de perfeccion cristiana llamaba el Apóstol á sus discípulos Timoteo y Tito, cuando decia al primero «no estimes en poco el don que has recibido con la imposicion de manos; (24) consérvate siempre á la altura de tu ministerio:» y al segundo «procura vivir de manera que el pueblo vea en tí constantemente un modelo de buenas obras, *in omnibus te ipsum præbe exemplum bonorum operum:*» (25) y con referencia á sí propio aseguraba escribiendo á los de Corinto que á fuerza de imitar á Jesucristo habia conseguido una identidad tan perfecta, que ya podia decir con toda verdad no era él quien vivia en sí mismo, sino que quien vivia en él era Jesucristo. (26)

¿Y no deducis de aquí vosotros cuántos hayan de ser nuestros sacrificios? Ah! la sola profesion de cristiano sin salirse de los límites de la ley es realmente un sacrificio, en atencion al cual llamaba Tertuliano mártir á cualquier cristiano; (27) porque no es posible cumplir estrictamente con los preceptos divinos y eclesiásticos sin dominar y sacrificar nuestras pasiones. ¿Cuántos sacrificios, pues, no habrá de consumar el sacerdote que se encuentra obligado á tanta perfeccion, que debe acabar enteramente con el hombre viejo de nuestras concupiscencias y en todo manifestarse identificado con Jesucristo? Pensadlo bien vosotros, hombres del siglo, que reputais por un gran sacrificio confesaros una vez al año, practicar un ayuno, guardar una abstinencia, perdonar un enemigo, cumplir un precepto eclesiástico, hacer cualquiera de esas cosas que no puede omitir un cristiano sin renunciar á su salvacion eterna.

Todo eso es nada para las violencias que tiene que hacerse y las privaciones á que debe sujetarse un sacerdote, si ha de vivir con la regularidad y perfeccion que corresponde á su sagrado ministerio. Lo que á vosotros es lícito, lo que podeis gozar en buena conciencia está vedado á nosotros los sacerdotes. Por cierto que sois rigorosos por demás para juzgarnos, que apenas nos deslizamos un punto, que declinamos en algo de nuestra perfeccion sacerdotal, nos llamais clérigos relajados y

con voces desalmadas denunciais á la sociedad como un crímen lo que acaso no pasa de un defecto: y con todo eso no reconoceis nuestros sacrificios, la carga que nos echamos encima delante de Dios y de los hombres cuando á los pies de los altares pronunciamos el *ecce ego* que nos deja para siempre obligados á esa disciplina severísima, consignada en los sagrados cánones con un título especial, (28) que nos compromete á vivir en la tierra como los ángeles en el cielo; empresa tanto mas peligrosa y mas árdua, cuanto que al revestirnos del carácter sacerdotal no nos desnudamos de la carne miserable en que se abrigan todas las pasiones: pues todo eso lo hacemos nosotros generosamente por Dios y por los hombres, porque para gloria de Dios y felicidad de los hombres se ha instituido nuestro santo ministerio.

Pero no se encierran en esto solo nuestros sacrificios; son muchos mas y aun mayores los que consuma el sacerdote; porque si ha de cumplir con su ministerio debe consumar en cierto modo todos los que se ofreció á consumar Jesucristo y de hecho consumó en medio de los siglos. «Por cuanto no quisiste aceptar, dijo este gran Señor prototipo de todos los sacerdotes hablando con su Eterno Padre, por cuanto no quisiste aceptar los holocaustos de la Sinagoga, me diste cuerpo y en él vengo á llenar los designios de tu soberana voluntad:» *hostiam et oblationem nolluisti*, *corpus au-*

tem aptasti mihi: tunc dixi ecce venio. (29) ¿Quién no admira, señores, en estas divinas palabras un sentimiento el mas sublime de abnegacion y de misericordia? ¿Quién no vé en Jesucristo viniendo al mundo vestido de nuestra carne para sufrir en ella todas nuestras penalidades, y negociar á costa de gravísimos padecimientos nuestros intereses temporales y eternos, quién no vé, digo, en ese paso tan avanzado del hombre Dios el anonadamiento mas profundo y la caridad mas heróica? Pues ahí teneis una mina inagotable de sacrificios para el sacerdote: ahí teneis una carrera interminable de sacrificios muy grandes y muy heróicos, de pruebas muy difíciles y costosas al corazon humano, que se nos abre á los pies del Prelado que nos ordena y vá á parar hasta el sepulcro.

Sin abnegacion, señores, no puede ni aun concebirse el sacerdote católico: para serlo tenemos que renunciar á nuestros intereses, á nuestra familia, á la gloria del mundo, á nuestro amor propio, á nuestra voluntad y hasta á nuestra vida. ¿No habeis visto cómo acabados de ordenarnos hacemos una solemne promesa de obediencia al Prelado de quien recibimos la uncion santa y á todos sus sucesores? ¿Y á un hombre que así se enagena de su propia voluntad al pie de los altares qué le queda en el mundo? ¿No es claro que desde aquel momento debe estar como Pedro, dispuesto *et in carcerem et in mortem ire*? á

cumplir, quiero decir, lo que su Prelado le ordene, á ir donde le mande, donde lo exijan los intereses de Dios y de las almas, sin tomar en cuenta nada de cuanto tiene relacion consigo propio, arrostrando los peligros, rompiendo los lazos mas pegados al corazon, menospreciando su fortuna temporal, dejando las comodidades y satisfacciones del hogar doméstico para tomar sobre sí graves molestias y afanes muy prolijos? En verdad, señores, que sacrificios de este género son muy comunes en nuestra vida sacerdotal.

Pero sin hacer mérito de ellos ¿no es un gran sacrificio para el corazon humano en los tiempos que vamos atravesando renunciar la riqueza y la gloria, que tan fácilmente se encuentran en el mundo, por la vida humilde, pobre, oscura y llena de contradicciones y trabajos que está hoy reservada al sacerdote? Ahora quiero yo llamar muy particularmente vuestra atencion sobre las circunstancias especiales de ese nuevo ministro del Altísimo: bien conocida es, al menos de muchos de vosotros, su brillante carrera literaria, el talento despejado con que le ha dotado el Señor, su aplicacion constante al estudio, sus buenas relaciones en la sociedad: ¿qué suerte, pues, tan próspera no deberia prometerse este jóven lanzándose al mundo en una de esas muchas carreras que nos muestran á jóvenes, cuyas disposiciones no pasan de medianas, casi acabados de salir del aula, disfrutan-

do pingües sueldos, negociando grandes intereses, cargados de distinciones y de honores y figurando en la mas alta sociedad? Pues sin embargo, porque Dios le llama al sacerdocio, renuncia ese brillante porvenir, y dice al Señor «*ecce ego*:» aquí me tienes sin mas aspiraciones ni mas deseos que cumplir tu santa voluntad.

Veis la abnegacion, la abnegacion que el mundo no conoce y cuyo mérito no es capaz de comprender ¿qué podrá ser ese nuevo Sacerdote en la casa de Dios? Aun suponiendo que llegue á los mas altos destinos, en ellos nunca encontrará la riqueza, ni los goces ni la gloria del siglo. Cuanto mas altos son los puestos eclesiásticos, son mas los acreedores que tienen nuestros cortos bienes, mayores nuestras penalidades y afanes y mas costosos nuestros sacrificios: y cualquiera que sea la posicion de un Sacerdote, para llenar cumplidamente su ministerio, para no rebajar su dignidad ni faltar á sus mas sagrados deberes, ha de manifestarse como la Iglesia le muestra para vuestra edificacion y nuestra enseñanza en el acto de la ordenacion. ¿Por ventura nunca lo habeis visto? postrado en tierra con su rostro pegado contra el suelo, enteramente como un muerto, Sres., y sus manos una encima de otra atadas con un lazo: ese estado de anonadamiento, de abstraccion completa del mundo, de inhabilidad para todo negocio y ocupacion terrena es el que corresponde al Sacerdote para

hacerse una víctima con Jesucristo y ofrecerse con Él en hostia de propiciacion por los pecados del pueblo.

A tal extremo llega la abnegacion de nuestro santo ministerio, tales sacrificios exige de nosotros el cielo cuando nos llama al Sacerdocio, tales obligaciones, en fin, nos imponemos nosotros mismos cuando haciendo eco en nuestro corazon el *ecce venio* con que respondió Jesucristo á la mision de su Eterno Padre que le enviaba en carne mortal sobre la tierra, contestamos á su voz divina *ecce ego* mancipándonos hasta la muerte al ministerio Sacerdotal.

Y si todavía estos sacrificios con ser tantos nada valen para merecer vuestra estimacion y vuestro respeto, hombres del siglo, entrad de lleno con vuestra consideracion en nuestras funciones Sacerdotales y nos vereis ocupados el dia con la noche en vuestro servicio sin excusar afanes ni sacrificios de ningun género, perjudicando nuestros intereses materiales, privándonos de nuestras comodidades y de las satisfacciones mas puras y dulces de la vida, por consultar á vuestra felicidad temporal y eterna, por predicaros desde este sitio la palabra de Dios que es el alimento de vuestras almas, por escuchar vuestras confesiones en el tribunal de la penitencia, por reconciliaros con el cielo, y formar á vosotros y á vuestros hijos en el espíritu de Dios, y asegurar con nuestras instrucciones y nuestros consejos

la paz de vuestras familias y tranquilizar vuestras conciencias, y acompañaros en el lecho del dolor, derramando palabras de consuelo en vuestra alma, allí donde nada valen para consolaros todas las palabras de los hombres, y cerrando los ojos á los objetos mas caros de vuestro amor, por mas que una enfermedad hedionda y contagiosa aleje á todos de su lado, cediendo el lugar al ministro de la religion, que aunque le importa la salud y la vida no abandonará al paciente hasta recojer su último suspiro.

Y para poder hacer todo esto con provecho de vuestro espíritu y alcanzaros del cielo la misericordia y la gracia en tiempo oportuno, vednos aun en años avanzados entregados al estudio, sin dejar nunca la oracion, ofreciendo diariamente el Santo Sacrificio, y muchas veces llorando y golpeando nuestro pecho en la presencia de Dios para que no dispare el rayo de sus iras que provocan vuestros excesos y desórdenes.

¡Oh! y qué alto hablan en esta parte esos misioneros Católicos que en este siglo sensual y egoista cual no otro, en este siglo en que se sacrifican al yo, al interés propio las consideraciones mas venerandas, continuando la obra heróica de caridad y de celo que ha venido ejercitando desde su cuna la Iglesia nuestra Madre, desprovistos de todo auxilio temporal, se arrojan á los paises mas remotos é incultos, á climas helados ó abrasadores, entre sal-

vajes inhumanos y fanáticos infieles buscando la muerte por dar vida á sus almas, y coronando con el martirio una vida llena de sacrificios, consumida toda en bien del hombre y de la sociedad. Pero no es menester que nos remontemos tanto para recomendar nuestra caridad evangélica; de cualquier Sacerdote que cumple regularmente con su ministerio, aunque nada haga extraordinario, puede decirse como de Jesucristo que pasa su vida haciendo bien; porque no hay obra de misericordia que no ejercite; y si el hombre y la sociedad no hubieran perdido con la fé tambien el corazon besarian hasta el suelo que nosotros pisamos y lo regarian con lágrimas de amor y gratitud.

¿Dónde encontrarémos en el mundo prodigios de este género, sacrificios tan costosos, tan contínuos y consumados tan espontáneamente, con tanta generosidad y desinterés y con resultados tan felices como se recojen por todas partes de nuestro santo ministerio? *A Domino factum est istud et est mirabile in oculis nostris* (30): esta es una obra por excelencia de Dios que nunca acabará de admirarla nuestra alma, y jamás el mundo sabrá apreciarla como corresponde.

¿Qué tienen que argüir contra esto nuestros enemigos? esos hombres sin fé y sin piedad, que nada ven que sea digno de recomendacion y de respeto en el Sacerdote Católico? que no todos los Sacerdotes son tan santos, ni tienen esa abnegacion y

esa caridad que yo he presentado como propia de nuestro sagrado ministerio; que hay muchos relajados en sus costumbres, apegados á los intereses materiales, que no ejercen ninguna de las funciones penosas del ministerio, y solo acuden donde encuentran el aliciente del lucro temporal. ¿Teneis mas que decir contra el Sacerdocio? ¿y dónde está vuestra lógica, cuando por abusos particulares conculcais una institucion santa é interesante que se manifiesta á todas luces como obra de Dios, una clase respetabílisima llena de méritos y servicios? ¿dónde está vuestra lógica cuando haceis comun la causa del bueno con la del malo, y sobre todos, sin distincion, lanzais vuestros anatemas? Sabed, aunque no podeis ignorarlo, que la Iglesia que nos constituye en el ministerio Sacerdotal, es la primera en rechazar esa desordenada conducta de sus malos ministros. ¿Por ventura habeis tenido la desgracia de no ver sino malos Sacerdotes? pues los hay muy buenos en todas partes, los hay excelentes: aun en los pueblos de mas reducido clero nunca faltan algunos que pueden llamarse rigorosamente ejemplares.

Y si al través de los buenos hay tantos malos como vosotros decís, tened entendido que todos ellos, ó se han introducido sin la vocacion de Dios en el Sacerdocio, ó no han contestado á su llamamiento con ese *ecce ego* tan lleno de virtud, de abnegacion y de caridad, que ha pronun-

ciado este nuevo ministro del Señor en su presencia soberana: de cualquier modo que sea, sobre sus conciencias pesa el fallo tremendo del Juez eterno que ha revelado en los libros santos, que su juicio empezará por nosotros (31) dando á entender con esto la severidad estrechísima con que hemos de ser juzgados en su divino tribunal. Y ved ahí por último resultado en confirmacion de cuanto dejo dicho el mayor y mas grave de nuestros sacrificios, la ansiedad y la angustia de muerte con que vivimos en el mundo, siempre temiendo si apesar de nuestra vida arreglada y de nuestros esfuerzos y sacrificios seremos desechados en el juicio de Dios.

¿Comprendeis ahora, amados hermanos mios, toda la dignidad y la importancia de nuestro ministerio como legítimos enviados de Dios, representantes suyos en el mundo, y continuadores ó ministros de su sacerdocio eterno y de su obra de salvacion entre los hombres? ¿Comprendeis asimismo cuantos hayan de ser nuestros sacrificios para vivir con la perfeccion y la abnegacion y la caridad que es inherente á nuestro sagrado ministerio? todo queda bien demostrado en este discurso y os obliga á venerar profundamente y profesar un grande aprecio á ese nuevo Sacerdote, que habiendo recibido la vocacion del cielo ha correspondido á su voz con la fidelidad y el zelo que espresan las divinas palabras que yo he puesto en sus labios, y él

repite de lo mas íntimo de su alma, *ecce ego vocasti enim me,* héme aquí, pues me has llamado.

Porque así lo entiendo yo, amado mio en el Señor, me escuso de hacerte las amonestaciones que se desprenden de estos antecedentes, amonestaciones que tú alcanzas muy bien y están profundamente grabadas en tu espíritu. Gózate, pues, en esa dignidad sublime á que te ha elevado el Altísimo y entrégate de lleno á la vida Sacerdotal, que si bien es cierto abunda en sacrificios, en cambio de ellos proporciona satisfacciones indecibles á nuestra alma; porque no hay placer en todo el mundo que pueda compararse con el que produce en el corazon de un buen Sacerdote el cuerpo y la sangre de Jesucristo con que nos alimentamos diariamente en la mesa del altar, ni con el gozo que esperimenta nuestro espíritu cuando reconciliamos á los pecadores con la Divina Justicia en el tribunal de la penitencia y ganamos para Dios sus almas con nuestros trabajos apostólicos, y oimos de la boca de un moribundo, á quien hemos dispuesto para comparecer delante del Juez Eterno, Dios le pague, Padre mio, el bien que ha hecho á mi alma, el consuelo que ha dado á mi corazon.

No te detengas mas, sube al altar, porque los grandes intereses de Dios y de las almas reclaman con urgencia el fruto del sacrificio que vas á ofrecer. Pide al Señor que saque á nuestro Smo. Padre de las amargas tribulaciones que están devorando

su espíritu, que enjugue sus lágrimas: bastantes han derramado ya sus ojos; que vuelva por su causa y de una vez confunda á sus enemigos, que lo son al mismo tiempo del órden y de la felicidad social. Derrama una mirada de amor, cuando tengas en tus manos la Víctima Inmaculada, sobre ese Prelado dignísimo de quien tantas pruebas de amor has recibido, á quien debes tu vida moral, tu educacion eclesiástica, tu carrera literaria, tus progresos en las ciencias y tambien ahora tu dignidad sacerdotal; corresponde de algun modo á tantas ternuras y beneficios rogando al Señor que restablezca su importante salud, quebrantada mas que por el peso de sus años, por el de sus tareas literarias y apostólicas, que prolongue su vida para que recoja en abundancia los frutos de su infatigable celo pastoral, para que tenga el consuelo de imponer tambien las manos á esos novicios del estado eclesiástico que bajo sus auspicios se están formando para el sacerdocio, y cuando cierre los ojos á este mundo, lleve á la presencia de Dios la satisfaccion y el mérito de dejar provista la diócesis de Sacerdotes instruidos y ejemplares que continúen sus santos afanes en beneficio de la sociedad y de las almas.

Eleva tambien tu súplica por la perfeccion del sacerdocio católico, para que los ministros de nuestra santa y divina religion sean tan virtuosos y tan sabios como conviene á su sagrado ministerio, y lo exigen hoy mas que nunca los inte-

reses de Dios y de las almas. Y cuando por el sacerdocio pidas, acuérdate tambien del Trono enlazado con él admirablemente por la Divina Providencia para que formen juntos el cimiento del órden y de la felicidad. Muy digna es por cierto la Excelsa Señora que ocupa hoy el trono de España del amor y de la oracion de los Sacerdotes por su fé ardiente y su acendrada piedad, que tan de justicia le merecen el renombre de Católica: que sea próspero y largo su reinado, que su ilustre dinastía no sucumba á los golpes de la revolucion que amenazan á todos los monarcas de la tierra, y bajo el glorioso pabellon de Castilla se conserve ilesa la fé de nuestros padres, desarrollándose al abrigo y por la influencia de la religion los elementos de vida y gloria nacional que hagan la España, como lo fué en los pasados siglos, una potencia de primer órden, mal que le pese á sus enemigos.

Nada te digo acerca de tus virtuosos y tiernos padres, porque sé yo muy bien cuanto los amas y me hago cargo del lugar preferente que tendrán hoy en tu oracion, empeñado como buen hijo en alcanzarles del cielo una bendicion copiosísima de misericordia, que haga sus dias dilatados y felices en el mundo y los disponga á una dichosísima eternidad, ¿Y para tus padrinos, y tus maestros, y tus numerosos parientes y amigos, no pedirás al Señor el mismo beneficio? ¿y cuándo despues de la consagracion bajes con tu memoria al

purgatorio no buscarás allí las almas de los padres de tus padres y de todos tus parientes, bienhechores y amigos para presentarlos á la Divina Misericordia y alcanzarles por los méritos infinitos de la Víctima Sacrosanta que sean trasladados á la mansion dichosa del descanso y de la paz? ¿Y por todo el pueblo cristiano, á quien estás tan obligado como ministro de la religion, no rogarás, para que Dios conceda al impío, al herege y al pecador obstinado la gracia de su conversion, al penitente la indulgencia, al justo la perseverancia, y al afligido y al necesitado el consuelo y el remedio que ponga término á su tribulacion? Sí: acuérdate de todos y sobre todos derrama el bálsamo de tu oracion fervorosa.

Y quiera el Señor que la satisfaccion que ahora esperimentamos por verte consagrado Sacerdote y participar de los frutos del sacrificio que vas á ofrecer á la Divina Magestad, la logremos cumplida en el cielo, viéndote allí coronado de gloria y gozando contigo de Dios en union venturosa por los siglos de los siglos. Amen.

CITAS Y NOTAS.

(1) Lib. I de los Reyes, c. 3 v. 10.
(2) El nuevo sacerdote D. Servando Arbolí, es hijo de D. Cristóbal Arbolí, hermano del Excmo. Sr. D. Juan José Arbolí, actual obispo de Cádiz.
(3) Siendo estudiante de cuarto año de Teología, publicó un folleto con el título del *Papa y la Historia* en defensa del poder temporal del Sumo Pontífice, que mereció grande aceptacion, como asimismo una série bien numerosa de artículos que despues ha publicado en defensa de la Santa Sede y de la Iglesia Católica.
(4) Cuando en Setiembre de 1852 fué consagrado obispo de Guadix nuestro actual Excmo. Prelado, asoció á sí en clase de page á su sobrino D. Servando Arbolí, que contaba á la sazon doce años, y desde entonces lo ha tenido á su lado constantemente.
(5) Proverbios, c. 18 v. 10.
(6) Discurso sobre el sacerdocio.
(7) Evang. segun S. Juan, c. 20 v. 21.
(8) Epis. 2 á los Corint. c. 5 v. 20.
(9) Evang. segun S. Lucas c. 10 v. 16.
(10) Epist. 1.ª á los Corint. c. 1 v. 13.
(11) Tratado 6.º sobre el Evang. de S. Juan.
(12) Lib. 5 del Sacerdocio c. 3.
(13) Homilia 69 al pueblo de Antioquia.
(14) S. Lib. de la Gerarq. celest. c. 3.
(15) S. Ambrosio. De la dignidad sacerdotal. c. 3.
(16) Evang. segun S. Juan c. 20 v. 23.
(17) Sesion 14 cánon 9.
(18) Comentarios sobre el Evangelio de S. Mateo c. 16.

(19) Epíst. á los Hebreos c. 10 v. 7.
(20) La misma epístola c. 10 v. 6 y 7.
(21) La misma epístola c. 7 v. 26.
(22) Isidoro Pelusiota lib. 2 epíst. 205.
(23) Homilia 17 sobre el Evangelio segun S. Lucas.
(24) Epíst. 1.ª á Timoteo c. 4 v. 14.
(25) Epíst. á Tito c. 2 v. 7.
(26) Epístola á los Galatas c. 2 v. 20.
(27) Apologético.
(28) Séptimo de las Decretales lib. 3.
(29) Epíst. á los Hebreos c. 10 v. 5.
(30) Salmo 117.
(31) Ezequiel c. 9 v. 6. Epíst. 1.ª de S. Pedro c. 4 v. 17.